

Índice

Prólogo de Carlos Alsina	13
Advertencia del autor	17
Sospechar de todo, menos del Estado, 7 octubre 2007	19
Contra el capitalismo salvaje, 2 noviembre 2008	20
Vanidad recaudatoria, 13 diciembre 2009	21
Aído y lo intolerable, Millás y la salvación, 1 junio 2008	23
Mercado contra sanidad, 15 marzo 2009	24
Decimonónico, 5 marzo 2006	25
Llamadlo codicia, 3 diciembre 2006	26
El Estado y el DDT, 9 septiembre 2007	27
Azcona frente a Guardiola, 7 julio 2006	28
Aznar y pensiones, 7 junio 2008	29
Seductora, caprichosa, patética, 22 agosto 2010	30
Lector y profesor, 26 noviembre 2006	31
Sarkozy y Colbert, 31 enero 2010	32
Profesores descapitalizados, 9 agosto 2009	32
Frédéric Beigbeder o la cólera totalitaria, 27 julio 2008	33
Sindicalistas contra trabajadores, 11 mayo 2008	34
Pepiño y paro, 8 marzo 2009	35
Casa y libertad, 5 noviembre 2006	36
Salvar el Albéniz, 11 junio 2006	37
La derecha y el capitalismo, 8 febrero 2009	38
Consumidor español culpable, 26 agosto 2007	39

Familia y ciudad, 15 julio 2007	39
La capitalización de Caldera y el paraíso de <i>El País</i> , 27 enero 2008	40
Arrogancia progresista, 7 marzo 2010	42
Caldera y calamar, 16 enero 2011	43
Caldera y Rajoy desbarran sobre el paro, 10 febrero 2008	44
Pobres ecológicos, 15 abril 2007	45
Falacias sobre la creación de empleo, 18 mayo 2008	46
Huelga de consumo, 9 enero 2011	47
Justicia fiscal, 11 noviembre 2007	48
Pactos, 22 abril 2007	49
Corbacho y la hucha de las pensiones, 14 diciembre 2008	50
Corbacho sacrifica y Zarrías insufla, 31 agosto 2008	51
Derecho inevitable, 2 julio 2006	51
Neoliberales e impávidos, 13 junio 2010	52
Progresismo fiscal, 4 noviembre 2007	53
Chacón pide igualdad de casas y cosas, 13 enero 2008	54
Inflación bolivariana, 18 febrero 2007	55
Lo nuestro, 8 abril 2007	56
De por qué Díaz Ferrán es Díaz «Ferraz», 28 septiembre 2008	57
Pajín, la Madre Teresa y la magia del empleo, 10 agosto 2008	58
Sarkozy protege y combate, 1 julio 2007	59
Intereses, 17 septiembre 2006	60
Keynes y Roosevelt, 1 octubre 2006	61
Gobierno bueno y capitalismo sórdido, 22 julio 2007	62
Privatizaciones inexistentes, 2 diciembre 2007	63
Los impuestos en Salamanca, 9 diciembre 2007	64
Dos tópicos en la prensa progresista, 4 mayo 2008	65
Crisis, conversiones y timideces, 2 septiembre 2008	66
El pensamiento único y el modelo liberal, 15 junio 2008	67
A propósito del agua y su valor, 30 marzo 2008	68
Bernanke contra la deflación, 28 diciembre 2008	69
<i>El País</i> y cualquier deuda, 1 febrero 2009	70
Asignatura latinoamericana, 17 octubre 2010	70
Impuestos para el bien, 12 septiembre 2010	71
Tipos negativos, 10 mayo 2009	72
Enormes márgenes de malvados intermediarios, 2 septiembre 2007	73
Valor y precio de TV-3, 10 junio 2007	74
La ministra Espinosa y el precio del pan, 23 septiembre 2007	75
Haití liberal, 28 2 2010	76
Lucía y el progreso, 14 agosto 2006	76

Por definir, que no quede, 22 marzo 2009	77
Corrección, 26 marzo 2006	78
Días contados, 24 enero 2010	79
Cero, 10 abril 2006	80
De Galbraith a Stiglitz, 18 enero 2009	81
La crisis y la derecha socialista, 19 octubre 2008	82
Maldita riqueza, 15 octubre 2006	83
Susan George, 29 abril 2007	84
Alicia quejumbrosa, 6 marzo 2011	85
Biblias, 16 abril 2006	86
Fidel fiel, 3 septiembre 2006	87
Felipe González o el totalitarismo de la lógica histórica, 2 marzo 2008	88
Felipe González, humo y mentira, 16 mayo 2010	89
Joaquín González y José Saramago dan pistas, 26 octubre 2008 ..	91
Pensamiento único x 3, 20 junio 2010	92
Santiago Grisolia redescubre a Keynes, 7 septiembre 2008	93
Impuestos justos, 22 noviembre 2009	94
Iglesias, pensiones, fundamentos, 23 enero 2011	95
Jackson, la moral y el destino de los individuos, 20 julio 2008 ..	96
Los socialistas arreglan los salarios, 29 julio 2007	97
Piratas y culpas, 9 mayo 2010	98
Gobierno justo, 21 octubre 2007	99
El profesor crítico y el mercado impune, 16 noviembre 2008 ..	99
Recaderos y amigos, 25 julio 2010	100
Carbón, diamantes, repuntes, 15 julio 2010	101
Pobre mundo, 12 noviembre 2006	103
Comida y retórica, 14 noviembre 2010	104
López Aguilar y la libertad, 6 septiembre 2009	105
Recursos finitos, 14 marzo 2010	105
Filántropos y terroristas, 27 septiembre 2009	107
Mercaderes pecadores, 8 agosto 2010	108
Salario, 12 marzo 2006	109
Educación y libertad, 23 abril 2006	110
Capitalismo salvaje, 27 mayo 2007	111
Martínez Noval zanja las pensiones, 6 febrero 2011	112
La multiplicación (del precio) de los panes, 25 noviembre 2007 ..	114
Mercados, desastres y fracasos, 24 noviembre 2008	115
Pensadores y estadistas, 21 febrero 2010	116
Sindicalistas, 7 febrero 2010	117

«Todo está muy mal», 3 octubre 2010	118
Comercio, 29 octubre 2006	120
Dos reacciones económicas del PP, 27 abril 2008	121
Uniones y recursos, 10 diciembre 2006	122
Inflación social, 5 septiembre 2010	123
La mayoría misteriosa, 21 junio 2009	124
Los españoles no queremos pagar menos impuestos, 16 diciembre 2007	125
Competencia ciega, 3 febrero 2008	126
Capitalismo despiadado, 29 agosto 2010	128
Otra vez, Davos, 20 febrero 2011	129
Cuestión de sensibilidad, 20 marzo 2011	130
Pagos y pagos, 21 marzo 2010	131
Apoteosis correcta, 1 junio 2009	132
La acumulación según Cristina Fernández, 6 enero 2008	133
Empeño y solidaridad, 8 octubre 2006	134
La universidad en el país de las maravillas, 8 julio 2007	135
Sangrías varias, 19 julio 2009	136
Educación y pobreza, 17 junio 2007	137
El PP y la servidumbre, 10 septiembre 2006	138
Marcos Peña, dinero y corrupción, 30 mayo 2010	139
Masoquismo fiscal, 1 agosto 2010	140
Generoso Peces, 22 octubre 2006	141
Milongas perfectas, 6 diciembre 2009	141
Economía, Estado y personas, 11 abril 2010	142
Un distinguido democristiano y el mercado, 5 octubre 2008 ...	143
Violencia y capitalismo, 7 noviembre 2010	144
Progreso en Castilla-La Mancha, 27 febrero 2011	145
Impuestos a la fuerza, 4 abril 2010	146
Malditos <i>hedge funds</i> , 11 julio 2010	148
Luanda cara y pobre, 2 enero 2011	149
Rivas acusa a Hayek, 12 diciembre 2010	150
Ciudadanos y vivienda, 17 diciembre 2006	152
Oportunidad para depender, 1 marzo 2009	153
Ibarra y el centro sesgado, 17 mayo 2009	153
Facebook socialista, 20 diciembre 2009	154
Socialistas veteranos, 4 julio 2010	155
Zapatero logra, 13 mayo 2007	156
Zapatero y admiradores, 23 julio 2004	157
Comunismo humanizador, 29 noviembre 2009	158

Rosa, Izquierdo, Conde, 26 julio 2009	159
<i>Maudit argent!</i> , 28 noviembre 2010	160
Apuestas, 20 mayo 2007	161
La guerra y los pobres, 5 agosto 2007	162
Maldito capitalismo deslocalizador, 19 agosto 2007	163
El ser humano consumista y predatorio, 25 mayo 2008	164
Capitalismo y privatización, 11 enero 2009	165
Sánchez Gordillo y el milagro de las casas baratas, 9 marzo 2008	166
Los andaluces y la tierra, 17 agosto 2008	167
Voto, bolsillos y poder, 10 octubre 2010	168
Mitología económica de América Latina, 16 septiembre 2007 ..	169
Amartya Sen, correcto, 15 febrero 2009	170
Artistas, profesores, problemas, 6 junio 2010	171
Mujeres, 18 marzo 2007	172
De curas y banqueros, 3 enero 2010	173
Singer y los pobres, 24 octubre 2010	174
Mario Soares y el capitalismo de casino, 12 octubre 2007	175
Mario Soares busca el progreso, 28 octubre 2007	176
Solbes y un notable mea culpa, 24 febrero 2008	177
La ideología bancaria, 1 noviembre 2009	178
Sindicatos e individualismo, 23 agosto 2009	179
Puestos en impuestos, 11 octubre 2009	180
Trueque y mercado, 20 noviembre 2006	181
Coacción y felicidad, 20 septiembre 2009	182
Hambrunas y perfidias, 19 septiembre 2010	183
La economía no es una máquina, 3 junio 2007	184
Aguirre, privatizadora o fascista, 12 abril 2009	185
Impuestos y supervivencia, 10 enero 2010	186
Maldita propiedad, 23 mayo 2010	187
Racionamiento revolucionario, 25 octubre 2009	188
Aberraciones, 25 diciembre 2006	189
Pruritos progresistas, 15 noviembre 2009	190
Impuestos y liberalismo en <i>Cinco Días</i> , 23 marzo 2008	191
El dinero, el trueque y una actriz estupenda, 3 agosto 2008	192
Mercados y equilibrios, 2 mayo 2010	193

Índice onomástico195

Índice temático163

Prólogo

Siempre me ha intrigado que las asociaciones de consumidores tengan tan pésima opinión de los consumidores. Por navidades suben al púlpito a denunciar la perversión en que incurrimos quienes compramos lo que nos apetece, cuando queremos y donde nos da la gana. ¡Somos agentes del consumismo, manirroto enfebrecidos, pobres idiotas que adquieren a precios desorbitados productos que, en realidad, no necesitan! Hay consumidores listos (los que dirigen estas asociaciones) y consumidores bobos (estos somos nosotros). Ellos, aparte de listos, suelen ser dogmáticos y pretenciosos.

Tengo un colega periodista que cuando quiere denigrar a un asalariado con sueldo alto le llama ejecutivo. Los ejecutivos, como se sabe, son tipos despreciables que siempre van trajeados y comen en restaurantes caros. Mi colega lo repite a menudo: «esos señores trajeados que comen en restaurantes caros». Nunca he entendido esta identificación entre el traje y las rentas altas, aunque sí tengo comprobado que el colega que ironiza, impostadamente, sobre los restaurantes caros se declara luego rendido admirador (y cliente asiduo) de elBulli, restaurante *low-cost* donde los haya.

Los pregoneros del tópico y la consigna son especímenes previsibles. Les escuchará usted, por ejemplo, denostar a los ricos de manera genérica, pero sin concretar jamás de qué rico están hablando.

Paradójicamente, cuando mencionan a ricos concretos sustituyen la palabra «rico» por otras de connotaciones elogiosas; así, Bill Gates es un visionario; Warren Buffet, un filántropo y Amancio Ortega, un emprendedor hecho a sí mismo. El truco es burdo pero funciona: si quiere usted despellejar a un millonario, refiérase a «la desmedida fortuna que ha amasado»; si, por el contrario, quiere hacerle la pelota, comente «los miles de puestos de trabajo que ha creado». Una vez escuché a un presidente de gobierno presumir de haberse encarado con los ricos y poderosos. Concluí que no hay persona más mísera y desarmada que aquella que controla el Boletín Oficial del Estado.

La crisis de 2008 desencadenó la emergencia (entiéndase como afloramiento) de una legión de eruditos en Keynes que, de pronto, decían llevar años advirtiendo de la falta de regulación en los mercados de derivados. Comentaristas incapaces de explicar la diferencia entre el *spread** y el *sprite*** se destaparon como expertos en *swaps*, cds y titulizaciones de hipotecas ninja en Oklahoma. Los medios se llenaron de estudiosos de economía –antes políticos– capaces de atribuir la tasa de paro que sufre España a Adam Smith o Milton Friedman indistintamente. Anunciaron el ocaso del capitalismo, funerales incluidos, y el feliz alumbramiento del nuevo paraíso terrenal, en el que no habría codicia, ni egoísmo... ¡ni señores trajeados!

Cuando el aire se llena de discursos huecos y falsedades con las patas cortas, aparece Carlos Rodríguez Braun para decir que él no se las traga. Donde otros escuchamos discursos monocordes y aparentemente bien armados, a él se le van encendiendo en la cabeza luces rojas, ¡señales de alarma! El autor de este libro agarra al vuelo una contradicción y una impostura; detecta en la misma frase una premisa falsa, un razonamiento cojo, un globo sonda y un tic autoritario. Los zahoríes salen al campo con su horquilla en ristre para detectar corrientes de agua subterránea. Rodríguez Braun se asoma al foro con su olfato holmesiano para detectar embustes y melonadas, lemas vacuos, cuentos chinos, boludeces y pavadas.

**Spread*: denominación inglesa de diferencial.

***Sprite*: bebida refrescante.

Carlos es un poco psiquiatra y un mucho astuto: cuéntame lo que opinas y yo te contaré qué revela sobre tu forma de entender la sociedad, la libertad y el individuo. Los de izquierdas se enfurecen porque los trata de autoritarios. Los de derechas se enfurecen más, porque van de liberales y él, sin piedad, los desenmascara. Éste es un libro para todos los públicos, a saber: el que ya le sigue; el que ahora le va a seguir; el que aún no sabe lo que se pierde; y el que, sabiéndolo, nunca le seguirá porque la endeblez de sus razonamientos le obliga a blindarse contra la duda. Éste es un libro para que lo lean todos los citados en el índice onomástico, todos los que toman decisiones por otros y todos los que hablamos o escribimos a diario. Una vez que se ha colado en tu cabeza el germen de la deconstrucción argumental no hay vuelta atrás. Ya no puedes evitar sonreírte cuando escuchas hablar del capitalismo salvaje o el capitalismo de casino. Te obligas a ti mismo a intentar rebatir no solo lo que te chirría, sino incluso posiciones con las que, a primera vista, estabas de acuerdo. Una vez que leas este libro, estimado lector, ya nunca abrazarás una opinión ajena sin intentar antes darle la vuelta.

En mi oficio de persona que habla por la radio he cosechado una sustanciosa ristra de críticas y, entre cardo y cardo, algún elogio. El comentario más grato que recibí fueron estas cuatro palabras: «usted me hace pensar». No fue «siempre estoy de acuerdo con usted» (¿cómo es posible?) ni «consigue usted convencerme» (tampoco lo pretendo), sino «usted me hace pensar». A mí el profesor Rodríguez Braun siempre me hace pensar. Le agradezco que no me deje relajarme, que no me deje vivir en paz, que me zarandee cada vez que me amodorro con mis verdades incuestionables a modo de somnífero. Le agradezco que me mantenga alerta en este tiempo en que el eslogan ha desbancado al razonamiento. Le agradezco, en fin, que me despierte cuando escribe, cuando habla y –admitámoslo– también cuando canta.

Carlos Alsina
Periodista

Advertencia del autor

Agradezco a los lectores que acogieron benévolutamente el primer volumen de *Tonterías económicas*, a *Libertad Digital* que publica mis piezas semanalmente desde hace más de diez años, incluyendo todas las recogidas en este libro, a los que me ayudaron y recomendaron ámbitos no explorados, como Rafael Atienza y Antonio Salazar, a Carlos Alsina por su generoso prólogo y a Santiago Grisolíá, víctima de estas críticas, que tuvo el detalle de aceptar mis observaciones.

CRB

Sospechar de todo, menos del Estado

Leo en *ABC*: «Correa estataliza el 99% de las ganancias extra de las petroleras en Ecuador. La medida supondrá unos ingresos para Ecuador de 700 millones de dólares anuales». Caramba, ¿por qué no lo hicieron antes?

En efecto, si los beneficios son sospechosos, lo son especialmente cuando son extra. La expresión inglesa señala sin tapujos la falta de mérito: *windfall*, es decir, lo que cae por la pura acción del viento, sin esfuerzo alguno. Existe una antigua tradición de combatir estos ingresos (pensemos en los economistas clásicos y la renta de la tierra, por ejemplo) cuya expropiación sería inobjetable, y más aún cuando proporcionan ingresos nada menos que para Ecuador –al parecer, no específicamente para sus gobernantes.

La noticia pasa por encima de lo que debería presidirla: la violación de la propiedad privada y los contratos. Pero se trata de un sector más intervenido que la media, algo que no destaca el diario, y eso que el artículo contiene una declaración reveladora de quién manda allí, como en todas partes. El portavoz de Repsol declaró: «estaremos dispuestos, como siempre, a negociar con el Gobierno».

No solo se sospecha de todo menos del poder político, sino que se recurre a él como panacea. En la misma página de *El Mundo* leí estos dos titulares: «La patronal exige al Gobierno que dé marcha atrás y mantenga los incentivos fiscales en I+D» y «UGT pide subir el salario mínimo a 885 euros en la próxima legislatura».

Según los representantes de CEOE y CEIM: «es necesario mantener estas ayudas fiscales y, además, incrementar las ayudas directas de la Administración para apoyar determinados sectores estratégicos». Ni el más socialista de los políticos ni el más intervencionista de los burócratas lo habría dicho más claro.

Lo que falta en todo esto es una noción de los costes de oportunidad y de las consecuencias del intervencionismo en términos, por ejemplo, de impuestos y de paro. Y lo que no falta es la alabanza irreflexiva de la intervención por sus únicamente buenos efectos. Así, los señores de UGT afirmaron seriamente que cuanto más suba el salario mínimo, ¡mejor para el empleo!

Contra el capitalismo salvaje

En esta crisis hemos comprobado que lo que nos contaban los gobernantes acerca de sus importantes diferencias era mentira: al final todos han recurrido al intervencionismo y al dinero de los contribuyentes. Y así como no hay desigualdades sustanciales entre PP y PSOE en este sentido, tampoco las hay entre Zapatero y Sarkozy ni entre Brown y Bush. Dirá usted que al menos tenemos a los medios, y que entre ellos sí mantienen las diferencias. Pues no estaría yo tan seguro. He podido leer en *ABC* que los líderes que se reunirán en Washington para refundar el capitalismo «decidieron poner fin al capitalismo salvaje que ha provocado la crisis financiera y económica más grave desde la de 1930». Y en *El Mundo* leí: «Gordon Brown ha liderado una cruzada contra el lado más salvaje del capitalismo». La expresión capitalismo salvaje apareció en el último año 21 veces en *El País* mientras que en *El Mundo* lo hizo 37, en *ABC* 26 y en *La Razón* 13.

Dirá usted que la prensa que se atreve a alejarse del pensamiento único lo que hace es utilizar la expresión capitalismo salvaje para

criticar los dogmas de la izquierda. Por ejemplo, la frase aparece en muchas oportunidades en *Libertad Digital* (de hecho, en alguna de estas *Tonterías Económicas*), pero nunca es esgrimida contra la libertad, sino a favor de ella. Esto es cierto, aunque no quita para que de cuando en cuando podamos leer en la prensa que supuestamente no obedece al equipo progre habitual unos textos como los que traigo hoy a colación, y que indican el poder de la corrección política.

Si interpretamos el capitalismo salvaje de modo que tenga algún sentido, debe referirse a un mercado sin reglas, o donde solo prime la violencia de la llamada ley del más fuerte. A esto se refieren los políticos y los medios cuando aluden a lo mala que ha resultado la imaginada desregulación masiva. No está nada claro que tal cosa como un capitalismo sin reglas haya existido nunca o pueda en realidad existir, pero de lo que no cabe duda es de que no es lo que existe hoy: los mercados están sumamente intervenidos y regulados en todo el mundo, en especial el mercado donde yace el origen de la crisis, que es el del dinero. El capitalismo, ni más ni menos salvaje, no puede ser responsable de un dinero que es un monopolio público.

La negación de esta realidad, para colmo de males, no solo oculta la responsabilidad de las autoridades en la crisis económica, sino que les proporciona precisamente la excusa que necesitan para recortar aún más las libertades ciudadanas, que es el horizonte hacia el que nos encaminamos, porque nadie puede creer que una cruzada contra el lado más salvaje del capitalismo pueda terminar con una victoria de la propiedad privada y los contratos voluntarios.

Si los enemigos de la libertad están disfrutando inmensamente con esta crisis, lo hacen aún más cuando su retórica y sus falacias brotan de labios que deberían ser los primeros en criticarlos.

Vanidad recaudatoria

Leo en *ABC* que Obama piensa gravar con un impuesto especial del 5% todos los procedimientos de cirugía estética, es el llamado IVA del botox, pero en realidad no incrementará solamente el coste de esas inyecciones, sino además el de los blanqueamientos dentales,

los *liftings* y la depilación láser. Según el periódico se trata de un impuesto sobre la vanidad.

La visión instrumental del Estado campea a sus anchas. Aquí dan lo mismo los partidos y las ideologías, porque todo el mundo piensa que el Estado es un medio, un artefacto inerte, a ser utilizado para conseguir objetivos colectivos estimables. Así, por ejemplo, Gallardón sube los impuestos para satisfacer toda clase de demandas sociales –bueno, todas menos una: la demanda social de no pagar más impuestos–. Y los progresistas de todos los partidos están más que dispuestos a emprender incursiones punitivas contra las carteras de sus súbditos para proteger a los parados –que ellos mismos crean con sus medidas intervencionistas– y para luchar contra múltiples males, desde la pobreza hasta el apocalipsis climático.

Siempre se piensa que el poder grava por alguna razón exógena a él mismo, que al ser en general incuestionable desmonta por definición las críticas. Porque, a ver, ¿quién va a estar a favor de aumentar la pobreza?

De ahí los llamados impuestos contra el pecado, como los que encarecen el alcohol y el tabaco, o la prohibición de las drogas, una suerte de impuesto infinito. Lo de Obama es una variante de esta tributación ética, porque nadie en su sano juicio defenderá la vanidad, la arrogancia y la presunción.

En todo esto hay varios puntos oscuros. Alguien podría plantear que la decisión de operarse con cirugía estética no es reprochable de por sí, y desde luego el Estado no es quién para castigar con especial voracidad fiscal a quien libremente decide hacerlo. Cabría añadir que blanquearse los dientes o depilarse no solo no es vanidad perversa, sino que resulta amigable para quienes contemplan a las personas acicaladas con tales afeites o aderezos quirúrgicos.

Pero sea ello como fuere, lo más notable es que nadie parece pensar en la razón última por la cual las Administraciones Públicas cobran impuestos. Asombrosamente, les adjudicamos un amplio abanico de metas, ¡pero nunca pensamos que igual tienen el propósito de recaudar!

Aído y lo intolerable, Millás y la salvación

Doña Bibiana Aído, ministra de Igualdad, proclama en *Expansión*: «resulta intolerable que las mujeres cobren un 20% menos que los hombres por realizar el mismo trabajo». El escritor Juan José Millás asegura en *El País* que Esperanza Aguirre privatiza «todo lo público» y que la «síntesis de la doctrina liberal es: ¡sálvese quien pueda!».

Los socialistas suelen presumir de defender la libertad, pero su teoría y su práctica indican que están dispuestos a recortar la libertad en aras de otros valores, como por ejemplo la igualdad socialista, es decir, la igualdad no ante la ley sino mediante la ley. Esta igualdad es hostil a la libertad, y cabe inscribirla junto a la igualdad de Procusto o la de quienes gobernaban la granja de Orwell.

La señora Aído legitima su proceder presentándolo como reparación de un agravio moral pero, en este caso como en tantos otros, la moralina socialista se basa en argumentos poco convincentes. Si las mujeres cobraran un 20% menos que los hombres por realizar el mismo trabajo, el paro femenino habría desaparecido, porque los empresarios, a quienes no cabe suponer socavando su propio interés, se habrían apresurado a contratar a todas las mujeres para incrementar sus beneficios, obteniendo la misma producción con un coste un 20% menor, que es lo que el razonamiento de la señora ministra induce a concluir. Como esto no ha sucedido, como lo que sucede en realidad es que el paro femenino es superior al masculino, hay algo que no encaja en las teorías de doña Bibiana, quizá porque no están pensadas para explicar lo que sucede, sino para justificar la coerción destinada a que los que son más iguales que otros impongan sus progresistas nociones de igualdad a expensas de la libertad de todos.

Y a expensas de la realidad escribe Juan José Millás, porque es obvio que el gobierno autonómico de Madrid no ha privatizado todo lo público y desde luego no ha privatizado la sanidad, que sigue financiándose con lo contrario de la privatización, es decir, con impuestos. El mismo absurdo afecta a la consabida distorsión del

liberalismo como una doctrina basada en la ignorancia del prójimo. Todos los textos de los autores liberales van en el sentido opuesto, porque defienden la centralidad de los contratos voluntarios, que son claramente contradictorios con el aislamiento individualista y antisocial del sálvese quien pueda. La constatación reiterada de estas falsedades permite alumbrar la hipótesis de que, como es patente que no reflejan la realidad de las cosas, quizá lo hagan sobre la ideología o la dialéctica de quienes las propagan. En palabras de Groucho Marx: «oiga, señora, ¿a quién va usted a creer, a mí o a sus propios ojos?».

Mercado contra sanidad

Anunció en portada *El País*: «La salud como derecho y negocio». La idea era enfrentar ambas nociones. David Alandete escribió en páginas de información un reportaje muy elogioso sobre Obama con todos los tópicos posibles, y en concreto el sanitario: «la reforma de Obama pretende considerar la sanidad como un patrimonio ciudadano y no como un bien de mercado».

El disparate básico es la propia contradicción, porque no tiene ningún sentido que derecho y negocio sean incompatibles. El negocio es la contratación voluntaria entre las personas libres, con lo cual, ¿cómo puede ser eso contradictorio con el derecho? Y si el derecho es lo justo, lo recto y lo legítimo, ¿cómo puede ser eso contradictorio con los contratos voluntarios?

La explicación estriba en que Alandete parte de la base de lo que quiere demostrar. Naturalmente, después va y lo prueba. Supone de entrada que negocio y derecho no pueden armonizarse, y concluye que no pueden hacerlo. El rigor lógico no es el fuerte del pensamiento único.

Lo interesante es no solo señalar este absurdo, sino razonar a partir de él. Si lo bueno es que la sanidad no sea un negocio, entonces no deberá ser un derecho sino una obligación, el poder forzará a los ciudadanos a pagar la sanidad, tal como lo decida. La conclusión es asombrosa: si Alandete tiene razón, resulta que el derecho y el patrimonio de los ciudadanos es aquello de lo cual no pueden disponer.

La libertad del ciudadano se concreta paradójicamente en su sometimiento.

Como ilustración, en el mismo diario habla el impar ministro de Sanidad, y don Bernat Soria asegura que la sanidad, «el más esencial de los servicios públicos, en España es universal y gratuito». ¡Es gratis, oiga! Cada año los españoles son forzados por el poder a pagar más y más dinero por la sanidad, que según el ministro es nada menos que gratuita. Y ¿qué dice ante esta coacción don Bernat? No solo no protesta sino que le gusta, porque, como diría el señor Alandete, entre nosotros la salud no es un negocio.

Pero, ¿no cabe denunciar esta usurpación de los derechos de los ciudadanos a conservar el fruto de su trabajo? No, no se puede denunciar, porque en tal caso estaríamos a favor de la libertad, o sea, del asqueroso negocio. En bonito colofón económico, Soria proclama que la coerción es siempre bienvenida, porque la sanidad pública ¡no tiene precio!

Decimonónico

El siglo XIX se ha convertido en adjetivo peyorativo, que adjudica todo lo malo precisamente a lo que tuvo de bueno: su liberalismo. La corrección política, en cambio, cree que lo bueno es recortar la libertad, algo que no se proclama abiertamente sino disfrazado de social. Así, Óscar Alzaga destacó en *El Mundo* que nuestra Constitución define en su artículo primero a España como una economía social de mercado, y no como una economía decimonónica. Vade retro, siglo XIX. Alguna vez he escrito que algo raro le debe suceder a nuestra percepción histórica, porque cuando hablamos del siglo XIX pensamos en un niño trabajando 14 horas en una mina, pero cuando lo hacemos sobre el siglo XVIII visionamos un jardín, un palacio y una sinfonía de Mozart.

El buenismo drena la percepción incluso de personas inteligentes como don Óscar, y obliga a emitir juicios vanos o contradictorios: en la economía social de mercado los intereses de los individuos y grupos económicos han de conjugarse con el interés general. Alzaga

no nos explica por qué es tan obvio que dicha conjugación no pueda obtenerse merced a la libertad. Peor aún, no nos aclara por qué el recorte de la libertad carece de consecuencias no plausibles. Así, recomienda subsidiar la minería cuyo impacto social en ciertas regiones es muy significativo, pero no conjetura cuán significativo es el impacto social de los impuestos que hay que recaudar para sufragar dicho subsidio.

Eso sí, nos asegura que la energía es un sector (¿no lo adivina?) estratégico.

Llamadlo codicia

Con este título, el destacado escritor Rafael Argullol escribió un artículo en *El País* cuya tesis es, después de la que ha caído, que lo malo de verdad es ¡el capitalismo!

Tras una entrañable identificación del capitalismo con el afán más o menos desmesurado de riqueza, aborda un problema clásico de la política, la corrupción, y concluye: «todos sabemos que para que haya corruptos tienen que actuar sus compañeros inseparables, los corruptores», y apunta a los grandes culpables, los hombres de negocios.

Esto del corrupto/corruptor es en un sentido trivialmente cierto, pero en otro sentido bastante equívoco. Para que haya robo tiene que haber algo que robar, propiedad privada. Ahora bien, a nadie se le ocurriría afirmar: «todos sabemos que para que haya ladrones tienen que actuar sus compañeros inseparables, los propietarios». Sería como decir que todos sabemos que para que haya violadores tienen que actuar sus compañeros inseparables, los violados.

El señor Argullol no da ninguna señal de haber advertido dificultades o incoherencias de esta suerte, ni muestra ninguna percepción sobre la índole especial de la política y la legislación, sino que se concentra en las empresas como fuente de maldad, y atribuye la máxima responsabilidad al círculo más poderoso: el formado por los corruptores de los corruptores. Ese modelo superior de perversión es

«un señor, sino de la guerra, sí de las finanzas, alguien que está situado por encima de toda sospecha y que puede adquirir, si lo desea, acciones de partidos políticos, clubes deportivos y medios de comunicación indistintamente» –cuando habla de estos siniestros personajes dueños de partidos y medios de comunicación cabe suponer que se refiere a partidos y medios cuya ideología predominante no sea la políticamente correcta.

Tras 100 millones de trabajadores asesinados por el comunismo con el argumento de que el capitalismo es explotador, don Rafael descubre que la codicia que arrasa el mundo es la explotación capitalista, y maldice a los beneficios empresariales, que son (vamos, ¿no lo adivina?) obscenos.

El Estado y el DDT

Dos perlas en el dominical de *El País*. Luis M. Ariza alaba a Rachel Carson, heroína que emprendió una desigual batalla contra gigantes químicos todopoderosos y finalmente logró que las multinacionales hincasen sus rodillas con la histórica prohibición del insecticida DDT en 1972. Y Javier Marías dice sobre la Hacienda: «de cuya existencia soy, en la teoría, gran partidario, así como de cumplir con ella (la redistribución y todo eso)».

A estas alturas no se puede negar que la famosa batalla de los ecologistas contra el DDT fue un verdadero desastre, porque su erradicación contribuyó a extender la malaria. Pero eso solo aparece sugerido al final del texto de Ariza, y en boca de un político y un escritor de ciencia-ficción. Vamos, que es una hipótesis estrafalaria, apenas digna de una breve mención en un artículo donde queda claro que los héroes son sujetos como Al Gore, y los malvados son, lógicamente, los empresarios.

La lógica no hace acto de presencia en la pluma de Marías. El lector concluye que el Estado está mal en la práctica, pero en la teoría es impecable, por «la redistribución y todo eso». ¿Cómo, y todo eso? El escritor habla como si la redistribución y todo eso fuera incuestionable, como si la libertad no tuviera defensa en términos de

principios sino solo de modo accesorio o teleológico. ¿Pero acaso las dimensiones no se pueden separar? Entonces, o bien Marías defiende la libertad, y por tanto ataca la redistribución coactiva, y todo eso, en la teoría o bien defiende la redistribución en la teoría y, por tanto, también la práctica.

Azcona frente a Guardiola

Si se enfrentan a la hora de pensar un deportista y un intelectual muchas personas apostarían por la victoria de quien, al fin y al cabo, hace del pensamiento su profesión. Sin embargo, dijo el futbolista Pep Guardiola: «los políticos descansan ahora en agosto; si desaparecieran seis meses, el país, la economía, seguirían andando». Y le replicó Rafael Azcona: «la economía, sí. Lo malo es que aparecería otra cosa que es el dictador». Es una respuesta notable, infundada y disparatada, en boca de quien es un respetado escritor y guionista.

Atendamos primero a Guardiola. Con pocas palabras y de modo muy sencillo, característico de los deportistas, afirmó algo evidente: «las autoridades no son imprescindibles para que los ciudadanos nos organicemos la vida y consigamos nuestras habichuelas». En otras palabras, la coacción política existe pero es contingente. Nótese que el deportista no niega la necesidad de la ley ni propicia la anarquía; no pide que no haya reglas, porque si no las hay el país y la economía no seguirían andando. Está hablando de gobiernos ausentes, no de reglas. Las posibilidades de la humanidad libre podrán semejar hobbesianamente oscuras en las universidades, pero el señor Guardiola presiente que son relevantes, e intuye bien.

El que intuye mal es Rafael Azcona, que asocia la economía libre nada menos que con la dictadura. Es tal su idolatría de la política que no concibe la libertad sin ella —de hecho identifica la política con la libertad y no con la coacción legal.

No necesita don Rafael atiborrarse de libros para comprender que las dictaduras no están asociadas con la economía libre. Le bastará con fijarse en el fascismo o en el comunismo para concluir que están asociadas exactamente con lo contrario.

Aznar y pensiones

Leí en *ABC*: «Aznar predice la quiebra de las pensiones si el paro sigue creciendo». Y apoyó el Pacto de Toledo, «que ha funcionado razonablemente bien».

Como en el sistema público de pensiones no hay un capital invertido en nada que proporcione rendimientos para los cotizantes, es un sistema que por definición no puede quebrar. El PP insiste en hablar de quiebra; por ejemplo, sus dirigentes proclaman: «cuando llegamos al Gobierno en 1996 la Seguridad Social estaba quebrada». No es cierto, no estaba quebrada porque no puede.

Se dirá que no puede fracasar porque un sistema de reparto está quebrado por definición, al ser una pirámide. De acuerdo, pero en todo caso lo que hay que hacer es decirles a los ciudadanos la verdad, y no es cierto que el aumento del paro provocará la quiebra de la Seguridad Social.

Si el paro sube de modo persistente, las cotizaciones en un momento dado no alcanzarán para pagar las prestaciones de jubilación en las condiciones prevalecientes. Habrá un grave problema, pero no una quiebra. Se le planteará una duda al Estado, que ejerce la coerción en ambos lados del sistema: fija coactivamente las cuotas y establece el monto y forma de las pensiones, también a la fuerza. El dilema pasará por la elección de una nueva combinación de cuotas y prestaciones que garantice la continuidad del sistema y, por tanto, la legitimidad del poder político que lo controla. Las cuentas de la Seguridad Social se podrían cuadrar con dos medidas extremas: subir las cotizaciones o bajar las pensiones. Ante una situación de desequilibrio el Estado procurará combinar ambas opciones para impedir un cuestionamiento apreciable por parte de la ciudadanía.

Esta realidad es lo que todos los políticos procuran ocultar. De ahí que Aznar hable de quiebra en lugar de explicar qué es la Seguridad Social, y que alabe el Pacto de Toledo, un acuerdo de silencio que firmaron todos los políticos para no decir la verdad sobre las pensiones públicas.

Seductora, caprichosa, patética

Varias ideas económicas hostiles al mercado aparecieron en la entrevista que David Barba le hizo a José Antonio Marina en *La Razón*. Subrayaré tres, por la relevancia que tiene el que las haya expresado el entrevistador con más énfasis aún que el entrevistado.

Una primera idea que plantea el periodista es: «seducir es el mantra de nuestra sociedad mercantil». Es un comentario que no elogia dicha sociedad, sino más bien al contrario, como queda claro a continuación. Marina apunta que en la sociedad de consumo satisfacemos algo más que necesidades básicas, ante lo cual Barba interrumpe: «¿caprichos para todos?». El pensador entonces responde hablando sobre las necesidades creadas o artificiales y le pone un ejemplo sobre la gente que hace cola para comprar el iPhone. El periodista entonces asiente y clama: «¡patético!».

La seducción del mercado es vista como negativa y tramposa. Pero la característica del mercado es que no puede vencer, forzar ni obligar, debe convencer. Y para ello, claro está, busca atraer al cliente con ofertas atractivas. Periodistas y filósofos quizá podrían reflexionar sobre qué sucede cuando no hay sociedades mercantiles: en tales casos se impone la coacción política, no el acuerdo entre partes contratantes voluntarias. Es verdad que la política también seduce, pero no es para convencer sino para finalmente obligar a todos. No es lo mismo.

Y no es lo mismo comprar por encima de nuestras necesidades básicas que ser extravagantes y arbitrarios. Si partimos de la base de que todo lo que compramos de forma autónoma y no es imprescindible es un capricho, estamos abriendo la puerta para que la coacción política y legislativa obstruya nuestra autonomía e imponga su decisión, supuestamente racional, a la nuestra, supuestamente irracional. Convendrán Marina y Barba que esto sería algo triste.

Porque lo triste no es que la gente haga cola para comprar un producto nuevo, bonito y útil como el iPhone. Al pensador y al periodista parece haberseles escapado el hecho de que esa cola no es

como la del DNI, el pasaporte, la DGT o la Agencia Tributaria, que los ciudadanos estamos forzados a hacer. La del iPhone no es obligatoria.

En suma, parece que lo que David Barba y José Antonio Marina juzgan como tramposa, caprichosa y patética es la libertad.

Lector y profesor

Un lector afirmó en una carta a *El País* que si la sanidad es pública, su gasto se dedica a partidas como sueldos, suministros y mantenimiento, mientras que si el servicio es prestado por empresas privadas hay que añadir el pago de los beneficios.

La sospecha sobre las ganancias de los capitalistas es tan antigua como ellas mismas, y una vieja forma de condenarlas es, precisamente, considerarlas como una carga innecesaria para la consecución de bienes y servicios. Aquí cabe interponer dos argumentos; uno es que los beneficios retribuyen la creación de riqueza. Eliminar los beneficios, así, elimina riqueza; el otro argumento descansa sobre la reducción al absurdo. Si los beneficios son puro coste sin contrapartidas, la solución económica es obvia: acabar con el capital y con su remuneración. Dado que eso es lo que hace el socialismo, y que conocemos la pobreza que el socialismo genera, esto podría dar al lector de *El País* algún motivo de reflexión.

Dirá usted que los lectores no tienen por qué ser economistas y, por tanto, no hay que cargar mucho las tintas sobre sus errores en esta disciplina. Es verdad, hagámoslo sobre un economista y catedrático al que escuché decir por la radio, a propósito de la muerte de Friedman, que en los últimos tiempos el mensaje liberal ha calado de modo excesivo, y hemos pasado a un Estado mínimo.

Cuando el Estado no se ha reducido apreciablemente en ninguna parte, cuando en casi todo el planeta representa, medido por el peso del gasto público, un porcentaje equivalente al 40% del PIB, o más, afirmar que nos hallamos en una situación de Estado mínimo es una estupidez propia de economistas y catedráticos.

Sarkozy y Colbert

Lluís Bassets evoca con admiración en *El País* a un representante típico del mercantilismo, Jean-Baptiste Colbert, y lo retrata como alguien que aporta ideas para reparar el capitalismo y organizar la nueva gobernanza mundial. Bassets enlaza a este enemigo de la libertad con Sarkozy, que asegura que para salvar el capitalismo hay que refundarlo y moralizarlo. ¡Qué manía con esto de salvar el capitalismo! Por si acaso, jamás les preguntan a los ciudadanos si ellos concretamente aplauden cuando estos salvadores les quitan la libertad y el dinero.

Porque el ciudadano de a pie no entra en los cálculos no electorales ni de los próceres ni de los periodistas que tanto los admiran. El ciudadano normal es el que sufrió en el siglo XVII cuando tuvo que pagar las mercancías más caras por culpa del proteccionismo de Colbert, y es el que ahora va a pagar las valientes campañas de refundación y moralización de unos caraduras, y de quienes les aplauden.

Don Lluís, ¿qué es lo que está dañado y es menester reparar? Si el capitalismo quiere decir algo, es mercado libre, propiedad privada y contratos voluntarios. ¿Dónde está dañado? La crisis se produjo en la construcción, profundamente intervenida por el sector público, y en las finanzas, aún más intervenidas por las autoridades. Dígame, ¿dónde ve usted el capitalismo en los bancos centrales, que son públicos y monopólicos, dirigidos por unos señores seleccionados por los políticos?

Por tanto, lo que está dañado no es el capitalismo. Y todo el énfasis en salvar, reparar y moralizar lo están protagonizando los mismos gobernantes que quebrantan la propiedad privada y los bienes y libertades de los ciudadanos. Esos gobernantes que no saben ni pueden gobernar un país y quieren dirigir nada menos que el mundo, ellos sí que necesitan salvarse, no el capitalismo.

Profesores descapitalizados

Antonio Baylos, catedrático de la Universidad de Castilla-La Mancha, despotricó en *El País* contra la patronal «egoísta, insolidaria y exe-

crable». Dejemos los calificativos de lado y vayamos al argumento. La CEOE merece según este ilustre docente tan severos reproches porque al proponer la reducción de las cotizaciones sociales apuntó a la descapitalización del sistema de Seguridad Social.

Pero solo se puede descapitalizar lo que tiene capital, y el doctor Baylos tiene que saber que la Seguridad Social carece de capital, porque el sistema de reparto se llama así precisamente debido a que las autoridades reparten en cada momento fondos entre cotizantes y pensionistas. Nadie ahorra para su jubilación y todos dependemos del poder político para cobrarla. Es interesante que este sistema tenga fama de progresista. Sea como fuere, las pensiones públicas no son en realidad pensiones técnicamente, porque no brotan de la acumulación de capital alguno. Por lo tanto, los insultos del profesor Baylos no tienen mucho sentido, si es execrable pedir que bajen las cotizaciones ¿qué es lo estupendo, subirlas?

Se pueden soltar barbaridades mayores, pero hay que ser profesor. Por ejemplo, los doctores J. M. Antentas y E. Vivas, lamentaron una posible mayor liberalización económica en *Público* y proclamaron sin titubear: «más libre comercio equivale a más hambre».

Frédéric Beigbeder o la cólera totalitaria

Jesús Rodríguez entrevista con gran entusiasmo en *El País* al famoso escritor francés Frédéric Beigbeder. Según el periodista, Beigbeder «escribe desde la cólera [...] un retrato atroz del nuevo capitalismo». Y hablando de cóleras y atrocidades, el gran pensador galo dice: «el sistema ultraliberal nos está llevando a consumir seres humanos. Utiliza la belleza de mujeres cada vez más jóvenes para vender cremas y yogures. Es un nuevo tipo de pedofilia. Y nadie parece darse cuenta. No se puede dejar todo a merced del mercado. Destruye a las personas».

La crisis del comunismo no ha dado lugar a ningún sistema liberal, como sabe cualquiera que se limite a mirar el grado de coacción del poder político en el mundo. Pero cuando don Frédéric habla de consumir seres humanos no se refiere a los controles, la vigilancia y los

impuestos, no. Se refiere al mercado. Y cuando unas empresas contratan a unas mujeres jóvenes para vender yogures este afamado intelectual llama a eso pedofilia, como si la libertad de contratación fuese una perversión criminal contra la que cupiese lanzar a la policía y los jueces. En la mayoría de los países el Estado representa en torno al 40% del PIB de manera directa. Y Beigbeder denomina a eso «dejar todo a merced del mercado».

En cuanto a la destrucción de las personas, que el pensamiento único atribuye siempre a la libertad y sus instituciones, como la propiedad privada y el mercado, la entrevista da una oportunidad para que Frédéric Beigbeder compare el mercado con sus alternativas. Y hay que agradecerle su sinceridad, proclama que ha trabajado como publicitario para Danone y para los comunistas, ¡y prefiere a los comunistas! La razón es increíble: afirma que Danone solo quería vender sus bienes, cosa que le parece espantosa. En cambio, «los comunistas contaban con un sueño, equivocado o no; pero con poesía». ¡Qué bonito! Una pena que los comunistas asesinaran a tantos trabajadores con esta poesía, con este sueño equivocado, ¿o no?

Sindicalistas contra trabajadores

Una característica del intervencionismo contemporáneo es la creciente disociación entre los sindicatos y los trabajadores. Si nos atenemos a lo que los sindicalistas dicen y hacen, esta desafección es perfectamente lógica, porque sus ataques a los trabajadores son constantes y sistemáticos. Por poner solo dos ejemplos recientes, Rodolfo Benito, dirigente de CC OO, rechazó la libertad de horarios comerciales, y Cándido Méndez, líder de UGT, pidió resolver el paro en la construcción con más construcción.

El señor Benito demostró una vez más que el intervencionismo es profundamente elitista, al afirmar que la libertad de comercio no responde a las necesidades reales de consumo de la ciudadanía madrileña. No se paró a pensar en que él no es quién para determinar cuáles son las necesidades reales del pueblo. Y no se quedó allí. Proclamó que esa libertad de horarios, que favorece especialmente

la conciliación de la vida laboral y familiar en sociedades con un alto nivel de empleo femenino, está en contra de dicha conciliación. Dirá usted: no se puede distorsionar más. Pues sí se puede. Con toda tranquilidad concluyó que la libertad de horarios es ¡contraria a la libertad de empresa!

Cándido Méndez dijo: «la caída de empleo en la construcción se tiene que contrarrestar con infraestructura civil, social y VPO». Esta declaración ignora el origen de la caída en el empleo en la construcción, que fue la sobreinversión en la misma producida por las autoridades, en particular por la manipulación política de las finanzas y los tipos de interés. También ignora los efectos negativos sobre el empleo de los costes salariales y no salariales, porque parece que basta con que el Estado gaste más (o sea, cobre más impuestos) para que el empleo aumente, lo que no tiene mucho sentido. Por fin, cuando los errores de los políticos producen o profundizan la crisis económica, y cuando hay millones de viviendas vacías o sin vender, es difícil entender que se recomiende aumentar los impuestos para construir más viviendas artificialmente baratas.

Pepiño y paro

Un participante en mi blog de La Razón.es (www.larazon.es/blogs/show/a-pesar-del-gobierno), que firma como Javier, me envía esta declaración de don José Blanco en la Cadena SER: «no tenemos un problema de flexibilidad, por lo tanto no se puede hablar de abaratar el despido, pero también tenemos que reflexionar sobre por qué siempre el ajuste recae en las personas más jóvenes y a veces incluso en personas que desde el punto de vista de la productividad pueden aportar más al mercado de trabajo por su formación y por su capacidad».

Aquí hay tres ideas notables. La primera es que Blanco iguala flexibilidad con segmentación, porque, efectivamente, la parte del mercado de trabajo español que cae fuera del empleo fijo es flexible, y sus costes de contratación y despido suelen ser menores que los correspondientes a los trabajadores fijos. Esta dualización, claramente injusta, fue impuesta en nuestro país por los socialistas.

La segunda, nos intima a reflexionar sobre por qué los jóvenes sufren más el paro. Porque es verdad, el paro, además de con los trabajadores temporales, se ceba particularmente con los jóvenes y las personas con menor cualificación. La explicación estriba entre otras causas en la subida del salario mínimo, que en épocas de crisis tiende a potenciar su expulsión del mercado laboral. Esta medida, claramente injusta, fue impuesta en nuestro país por los socialistas.

Y la tercera idea es que hay una desvinculación entre la productividad de las personas y su retribución, de modo que gente capaz de aportar mucho no puede hacerlo. Pero en un mercado libre la retribución de las personas tiende a corresponder con su productividad. La separación entre ambas, un resultado irracional y absurdo, solo puede tener lugar en mercados intervenidos, controlados, regulados y subsidiados. Esta estrategia, claramente injusta, fue impuesta en nuestro país por los socialistas.

Casa y libertad

Con este título, el geógrafo-urbanista Jordi Borja actualiza en *El País* la antigua consigna de tierra y libertad –justa y revolucionaria, dice–. Han pasado siglos de ataques a la propiedad desde todos los flancos, incluidos los irresponsables liberales decimonónicos que propiciaron la desamortización creyendo que no tendría más que consecuencias laudables. Cabría pensar que la larga experiencia intervencionista, democrática y no democrática, capitalista y comunista, habría despejado los equívocos en este sentido. Parece que no.

Don Jordi, de hecho, ansía una socialización general del suelo urbano, aunque, realista, admite que no hay margen para lograr ese hermoso ideal, dado el actual contexto legal y económico. Ahora bien, aunque no se pueda de momento socializar en masa, sí se puede y se debe, afirma el señor Borja, adoptar «medidas legales radicales de ámbito estatal para evitar la apropiación privada de las plusvalías urbanas [...] no es aceptable que la mera propiedad expectante se apropie de un valor creado por el trabajo de todos y por la Administración Pública».

Ya tenemos al revolucionario don Jordi convertido al moderado pensamiento único socialdemócrata que desde Locke (*strange bedfellows indeed!*) inficiona la noción de propiedad con la idea de que hay que atender a los demás, ya sea dejándoles *as much and as good*, como advirtió don John en el siglo XVII, o condicionándola según su función social, como cree hoy todo el mundo, y consagra nuestra Constitución ¡justo a continuación de esas hermosas palabras liberales: «se reconoce el derecho a la propiedad privada y a la herencia»!

Como su suelo no es suyo, señora, señor, como su valor ha sido afectado «por el trabajo de todos y por la Administración Pública», en palabras de don Jordi, usted no puede tener propiedad expectante. Vamos, no puede tener propiedad. Y para acabar con la especulación la solución del señor Borja es ¡acabar con los precios! ¿Cómo? Tasando *de facto* los precios del suelo, y planificándolo todo.

En resumen, casa y libertad significa que su casa no es suya, y su libertad tampoco.

Salvar el Albéniz

Los actores, con el equipo izquierdista habitual, están dispuestos a salvar el Teatro Albéniz. El secretario general de un sindicato de actores, Jorge Bosso, expresó su reivindicación en un impresionante artículo en *El País*: «demandamos la acción política para que con el dinero de todos, si es necesario, salvemos un teatro que es de todos y para todos». Obsérvese la reiteración holística: tres veces repite el inclusivo todos.

Por supuesto, a don Jorge no le importa lo que todos puedan aspirar a hacer con el fruto de su trabajo. La clave es que a todos hay que quitarles la libertad y el dinero para salvar el Albéniz. Esto es algo que no se puede hacer libremente, porque de esa manera todos demandarían conservar lo suyo y decidir qué hacer con su dinero, si salvar el Albéniz o salvar otra cosa o no salvar nada. Pero el señor Bosso tiene la solución a este inconveniente de la libertad: la acción política, es decir, la coacción.

Izquierda Unida, lógicamente, dado su tradicional respeto a la libertad y la propiedad de los ciudadanos, ha exigido a Esperanza Aguirre que expropié la sala. El portavoz cultural, don Luis Suárez, no titubeó en brindar una explicación concluyente: la expropiación forzosa del Teatro Albéniz está justificada porque se trata de una causa de interés (vamos, ¿no lo adivina?) social.

La derecha y el capitalismo

Leo a un socialista en un diario. Da lo mismo el socialista y da lo mismo el diario, porque este disparate es sostenido por la corrección política en masa: «la derecha ha sido siempre procapitalista y partidaria de la autorregulación del mercado».

Seguramente se referirá a Mariano Rajoy que defendió el Estado de Bienestar y proclamó que los partidarios del capitalismo y la autorregulación del mercado debían marcharse al Partido Liberal. O se referirá a todos los diputados del PP que votaron sin rechistar junto con la izquierda para extender el Estado de Bienestar. O hará referencia a Bush y Sarkozy que aumentaron el gasto público y propiciaron el proteccionismo contra el mercado libre. O a Aznar, siempre orgulloso del aumento del gasto social, y que no quiso recibir a José Piñera para no escuchar sus argumentos a favor del capitalismo, la privatización de las pensiones y la reducción del Estado. O a todos los políticos de la derecha actual, entusiastas, como los de la izquierda, de los planes de rescate con dinero público.

O igual se refiere a Franco, que era tan procapitalista que cerró los mercados y creó el INI, expandiendo el Estado empresarial y controlando precios y rentas. O igual se refiere a Hitler y Mussolini, grandes valedores del intervencionismo y la regulación de los mercados, o a la Falange, siempre partidaria de nacionalizar la banca.

O igual está pensando en los socialistas chilenos, que mantuvieron las reformas de Pinochet, como las pensiones privadas, o en los socialistas españoles, que privatizaron el INI y crearon los fondos privados de pensiones.

En fin, es evidente que la derecha ha sido siempre procapitalista y partidaria de la autorregulación del mercado.

Consumidor español culpable

Leo una preciosa crónica de Juan Carlos de la Cal en *El Mundo* desde los bosques remotos del Perú, donde se habla del desastre producido por las personas que se dedican a la extracción de la caoba: «y España a la cabeza del consumo [...]. Según estimaciones del Banco Mundial, el 6% de la deforestación de la Amazonia se debe al impacto del consumo español».

De entrada es extraño que se agoten los recursos reproducibles demandados. Lo lógico sería que si la gente quiere muebles de caoba, haya gente interesada en plantar más caoba.

Dirá usted, ¿y los trabajadores explotados? Pues el señor de la Cal lo cuenta en la letra pequeña, resulta que los trabajadores de la caoba ganan más del triple de lo que ganarían en cualquier otro empleo, salvo el narcotráfico. Y esto da entrada a otro dato interesante del reportaje, que tampoco llama la atención del reportero, ¡el 90% de las extracciones de caoba de la Amazonia peruana son ilegales!

Debe existir un problema de intervención política y legislativa en los derechos de propiedad, y es esa intervención lo que probablemente esté detrás de la deforestación incontrolada, y no la codicia de empresarios y trabajadores empeñados en ganar dinero para que usted tenga una bonita mesa. Si se ilegaliza la oferta de un recurso demandado pueden pasar cosas raras, como por ejemplo que deje de reproducirse lo reproducible. Pero de eso no es culpable el consumidor.

Familia y ciudad

La familia y la ciudad son símbolos de la potencia de las personas libres, capaces de organizarse en colectividades perdurables y prósperas. No es casual que ambas sean objeto de la aversión sistemática de los progresistas.

El ministro Jesús Caldera, paradigma de la demagogia antiliberal, confesó el objetivo socialista. En los últimos tiempos el Gobierno de Rodríguez Zapatero se afana en presentarse como abnegado protector de la familia. Un caso son los 2.500 euros por niño, que en realidad significan un equivalente incremento de impuestos. El hostigamiento a la familia queda aún más claro en la llamada Ley de Dependencia. En primer lugar porque se les escapó el nombre: la idea es precisamente esa, convertir a los españoles en personas todavía más dependientes del poder político. Y en segundo lugar porque esa ley apunta a quebrar los lazos de responsabilidad familiar. Dijo el ministro Caldera: «el cuidado de los dependientes ha sido un compromiso tradicionalmente privativo de las familias y ahora pasa a ser un derecho de prestación por parte del Estado». No se puede expresar de modo más diáfano el objetivo totalitario de reemplazar a la familia libre por la coacción pública.

Tituló dramáticamente *El País*: «La inevitable urbanización de la pobreza». Y se veían muchos pobres en Nueva Delhi. Solo leyendo el texto aparecía pequeñita una información relevante: la urbanización no representa la miseria. La paupérrima emigrante Lakshmi, en cuanto le ponen un micrófono delante, va y dice la verdad: ella no ha emigrado del campo a la ciudad para empobrecerse, sino porque allí hay más oportunidades.

Lakshmi gana un poco más de un euro al día. ¿Miseria capitalista? ¿Escándalo de la globalización? ¿Urbanización de la pobreza? Nada de eso. Esta señora india explica algo que la prensa progresista no juzgó adecuado destacar: en la horrible e inhumana ciudad ella gana el doble que en el campo y con la mitad del esfuerzo.

La capitalización de Caldera y el paraíso de *El País*

Aseguró el ministro Jesús Caldera en *El Mundo* que con la llegada de inmigrantes «capitalizamos nuestras economías al tiempo que descapitalizamos las de los países en vías de desarrollo». Y advirtió *El País* que la Amazonia peruana está en peligro de muerte porque pueden utilizarse sus recursos petrolíferos.

Es imposible que a Caldera se le ocurra la libertad. Vamos, ni por casualidad. Por eso, en lugar de proponer mercados abiertos e impuestos moderados, quiere subir los impuestos y alterar los mercados interviniendo aquí y en el resto del mundo. Dijo que por cada cerebro que abandona los países pobres el Gobierno español subsidiará allí la educación de otro joven estudiante.

El subsidio es para don Jesús la clave, y no la educación. Cualquiera sabe que en las universidades de México o Buenos Aires hay muchos más estudiantes que en Harvard, y eso no parece haber fomentado la calidad de la formación.

La protesta de Caldera revela su incapacidad de pensar en la libertad y la creación de riqueza. ¿Por qué cree que los universitarios abandonan los países pobres? Es evidente que porque allí no hay oportunidades suficientes para desarrollar sus carreras. Si esas oportunidades no aumentan, subsidiar la educación equivale a fomentar el fenómeno que se desea mitigar.

Como normalmente sucede, en lugar de atender al problema, Caldera presta atención al síntoma. Y además equivoca el problema, porque no hay capitalización de colectivos sino de individuos, y esta capitalización, lógicamente, termina en que el señor de Nigeria, ante la imposibilidad institucional de capitalizarse allí, lo haga en Cambridge en lugar de en su país natal. La decisión individual es correcta, pero eso no es lo que el ministro pretende.

Lo que intenta el reportaje de *El País* es alarmarnos ante el progreso: «las petroleras acechan la jungla más bella». Las petroleras buscan petróleo, un bien que sirve para mejorar las condiciones de vida de todos. Pero de todos los seres humanos, que son los ausentes en la visión ecológica. ¿Por qué la jungla es un paraíso? El reportaje del diario progresista define claramente lo que es un paraíso: allí donde hay animales y no personas. Los animales no lo saben, pero su paraíso está en peligro. El dinero, el poder, el desarrollo, el petróleo los acechan. En cambio, lo bonito es la selva que se siente en la piel. Y ¿por qué se siente en la piel? Porque allí la piel es ¡acribillada por millones de mosquitos!

Arrogancia progresista

Cuando Hayek se planteó resumir el socialismo en una sola palabra dijo: arrogancia. Fue una idea acertada, porque lo característico de los enemigos de la libertad es suponer que son seres superiores. ¿Cómo, si no, justificarían arrebatarnos la libertad y la propiedad?

Un ejemplo es don Jesús Caldera, que describió en *El País* el famoso «nuevo modelo productivo por el que hay que apostar». Lógicamente, cuando habla de apostar, se refiere a hacerlo con nuestro dinero, no con el suyo. Lo que él despliega de verdad no es su dinero sino su arrogancia, que le lleva a señalar los sectores de futuro –dice estratégicos, igual que en el franquismo– que garantizarán la sostenibilidad económica, social y medioambiental. Nada menos. No habla de la sostenibilidad política, que es la que posiblemente le interesa.

Todo es mentira, propaganda, humo, corrección política: «la lucha contra el cambio climático y la protección del medioambiente abren, además, nuevas oportunidades de empleo en la economía española». Ni una palabra de la libertad, de los recursos de las mujeres y hombres de un país libre. Aquí los socialistas nos dirán cuáles son los sectores clave para el futuro. Dirá usted, no tendrán tanta cara. Pues sí que la tienen. Por un lado, agárrese: construcción, turismo y transporte. Y eso después de despoticar contra la economía del ladrillo.

Y continúa Caldera, siete nuevos sectores: las energías renovables, las ecoindustrias, las tecnologías de la información y comunicación, la biotecnología, la industria aeroespacial, las industrias culturales y los servicios sociales.

Más bobadas, y más derechos de ciudadanía. Naturalmente, el resultado que prevén estos grandísimos creadores de paro es una gran subida de empleo, que además tienen la cara dura de cifrar, en abanico: «calculamos que podrían generarse entre 500.000 y 3.100.000 nuevos empleos entre 2010 y 2025, en función del éxito relativo de las diferentes reformas».

Dirá usted, ¿cómo pueden caer en tamaños disparates? Pues una posibilidad está en el diagnóstico. Estos arrogantes que saben cómo organizar la economía y la sociedad, afirman seriamente que la crisis económica mundial ha sido provocada por (vamos, ¿no lo adivina?) ¡los mercados!

Caldera y calamar

El exministro Jesús Caldera dirige la socialista Fundación Ideas, más conocida como Fundación Dime De Qué Presumes. Tuvo a bien explicarnos en *Cinco Días* que la crisis en España se debe a la crisis mundial, el ajuste fiscal que ha contenido el aumento del gasto público derivado de la anterior, y a una crisis de la deuda soberana debida a Grecia e Irlanda. Conclusión: la inestabilidad actual de los mercados se debe, en última instancia, a la pérdida de confianza en la capacidad de la Unión Europea en su conjunto.

Estos argumentos son interesantes tanto por su aspecto equivocado como por su tinte veraz y serio. Es absurdo, en efecto, alegar que nuestros padecimientos económicos son derivados de circunstancias exógenas, porque las responsabilidades locales son innegables: España habría padecido probablemente una crisis incluso en un contexto internacional apacible. La idea de que la reducción del gasto público frena el crecimiento es igualmente incongruente, de ser así habría que continuar aumentándolo indefinidamente. Pensar que España no sufre problemas de deuda soberana es suponer que un marcado incremento del endeudamiento y el déficit no ejercen impacto alguno en los mercados de deuda. Finalmente, aducir que la culpa es de toda la Unión Europea, como si no hubiera diferencias entre los Gobiernos de los Estados miembros, no es creíble.

Pero si lo que dice Caldera es un desatino, ¿por qué he sostenido antes que sus argumentos presentan un aspecto veraz y serio? Pues por eso mismo, porque los socialistas, a la hora de tomarnos el pelo, son gente muy profesional. Y esta exhibición de Caldera lo prueba una vez más: disuelve todas las responsabilidades del Gobierno socialista, y confunde al personal como lo hace el calamar con su Tipp-Ex.

Caldera y Rajoy desbarran sobre el paro

El ministro Jesús Caldera declaró que una de las ventajas del gasto social es que crea empleo. Mariano Rajoy, por su parte, afirmó que el paro es un auténtico drama.

El hecho de que el gasto de por sí, independientemente de su naturaleza y circunstancias, fomente el empleo es cuestionable. Keynes recogió esa tradición y escribió en la *Teoría General* de 1936 que bastarían las inversiones más absurdas, como enterrar botellas viejas con billetes dentro, para acabar con el paro. Pero tenía más razón Stuart Mill, que resumió en *Principios de economía política* de 1848 las complejidades de la relación entre inversión y empleo en su famosa cuarta proposición sobre el capital: la demanda de mercancías no es demanda de trabajo. Salvo en situaciones de pura ficción, con estructuras de capital petrificadas y donde cupiese relacionar unívoca y exclusivamente la producción con el factor laboral, en cualquier escenario verosímil la ecuación de Caldera es falsa.

Además, para su tesis hay que añadir una antigua refutación, el punto de vista de la Tesorería. Si Caldera cree que el gasto público crea empleo por sí mismo, entonces deberemos concluir, usando su propia lógica, que cuando el Estado recauda dinero para sufragar ese gasto público destruye empleo. No creo que Caldera lo admita.

Al apuntar que Rajoy desbarra diciendo que el paro es un drama no pretendo en absoluto frivolar sobre un asunto tan serio, sino destacar un error derivado de la tradición intervencionista de nuestro país en el mercado de trabajo. En efecto, basta una reflexión mínima sobre el asunto para comprobar que ir al paro no es ningún drama: el drama es permanecer parado.

Por un lado, pasar rápidamente de un empleo a otro no es un drama, y puede reflejar una excelente carrera profesional. Por otro lado, no cambiar nunca de empleo puede ser malo. En consecuencia, cuando Rajoy habla del drama del paro no está refiriéndose al paro en sí sino al viejo y justificado temor español a que el paro pueda prolongarse. Pero si esto es el drama, y no el paro en sí, entonces las políticas

a adoptar son: reducir marcadamente los costes de contratación y despido, liberalizar el mercado de trabajo, acabar con los privilegios sindicales y empresariales, y olvidarse del intervencionismo y las ayudas que pueden agravar el mal que se pretende mitigar. Tampoco creo que Rajoy lo admita.

Pobres ecológicos

La escritora Lucía Etxebarría, para apoyar sus ideas sobre el cambio climático, cita a Ricardo Carrere, coordinador internacional del Movimiento Mundial por los Bosques Tropicales. Don Ricardo felicita a los países subdesarrollados porque no tienen coches, ni urbanizan, ni contaminan; así los saluda: «bienaventurados los pobres que no producen el cambio climático». No es necesario ser de izquierdas ni políticamente correcto para tener simpatía con los pobres, pero la verdad parece ser la contraria de la que proclama el señor Carrere.

En efecto, la mayor contaminación de los países ricos es solo relativa. Si comparamos la contaminación con la economía de los países, entonces los menos ecológicos son, con mucha diferencia, los países pobres.

No es casual que estos países no hayan firmado el Protocolo de Kioto, serán pobres pero no son idiotas, y saben que ese tipo de medidas frenan el crecimiento. Precisamente es el crecimiento, asociado al capitalismo y a la libertad, lo que el pensamiento único pseudoprogresista abomina: de ahí la expresión urbanismo salvaje, que tanto gusta a *El País*, y que evoca el capitalismo salvaje, clásica consigna de quienes jamás se preguntaron por lo salvaje (y contaminante) que puede ser el no capitalismo.

Hablando de salvajes, el mito del buen salvaje late detrás de esta absurda idea de idolatrar a los pobres por serlo. Benditos –dice el señor Carrere– porque no tienen coches ni casas. Mejor sería, en cambio, que los tuvieran porque ello indicaría que dejan atrás la pobreza y en ese proceso, además, podrán llegar a contaminar relativamente menos.

Falacias sobre la creación de empleo

Según CC OO la prohibición de las horas extra permitiría recolocar a 260.000 parados. Según *La Gaceta de los Negocios*, «la dependencia salvará la caída del empleo en España [...] en los próximos años la Ley de Dependencia demandará como mínimo 200.000 empleos».

La trampa del sindicato es la vieja *lump-sum fallacy*, la falacia de la suma fija, que parte de la base de que existe de antemano una cantidad fija de trabajo que permite diversas combinaciones. Ha habido históricamente muchos ejemplos de esta falacia, como la ahora arrumbada propuesta del socialismo francés de la jornada de 35 horas semanales. Lo de CC OO, que también fue firme partidaria del camelo de las 35 horas, es algo parecido: como quienes hacen horas extra forman parte de la supuesta tarta total de trabajo, si el Gobierno les impide trabajar esas horas, entonces quedarán libres para que algunos parados puedan encontrar empleo.

El truco aquí estriba en que no hay tal cosa como una cantidad de trabajo establecida de antemano, y los empleos son creados por la inversión en función de la productividad. Si no fuera así, bastaría con reducir por ley las horas de trabajo para acabar totalmente con el paro. En cambio, una medida como esta puede aumentar los costes, reducir la productividad y desembocar en menos empleo.

La muy extendida idea de que la Ley de Dependencia es buena para reducir el paro cae en otra falacia: la de atender solo a un lado del gasto público. En efecto, si solo nos fijamos en el hecho de que el mayor gasto público derivado de la dependencia se traduce en la contratación de un número mayor de trabajadores, la conclusión lógica sería que para resolver el paro simplemente hay que incrementar el gasto hasta que todo el mundo estuviera ocupado. Pero dicho gasto no tiene ese lado solamente, sino también otro crucial, los impuestos. La última vez que se produjo un gasto público sin recaudación fue cuando el maná. Desde entonces no hay gasto sin impuestos. Y el mismo razonamiento de los que afirman que el gasto público crea empleo les debe llevar a concluir que el impuesto lo destruye o impide que sea creado.